

Aun no es de día y un hombre, recogida su vieja toga, corre apresurado hacia las altas habitaciones de la Carénas y del Celio. Cliente de todos, va á llamar á todas las puertas, espera en la via con otros muchos delante del dintel del rico, murmura, riñe con sus camaradas de servidumbre y de espera; se deja amenazar por el látigo del ostiario, solicita al portero encadenado y entra con gran trabajo en la primera habitación; sobornado á los esclavos, penetra por fin en el atrio; ve pasar desdeñosamente delante de él á los amigos de primera y de segunda admision (porque tambien la amistad se clasifica); pronuncia al oido del *nomenclator* un nombre que estropea este esclavo; obtiene del patrono una sonrisa distraída, una mirada soñolienta, un adios despreciativo que se confunde con un bostezo, y en premio de tanto trabajo, guarda en su canastillo un pedazo de salchicha y el socorro de 25 sueldos.

Así, pues, en una sala romana de cualquier dignidad, todas las relaciones de urbanidad llevaban este carácter de un homenaje hecho por un inferior. Había deberes matutinos (*antelucana officia*); salutations inquietas y sofocadas. Nuestra urbanidad de igual á igual, fácil y dulce, que quiere rebajarse pero á condicion de ser realizada, y que cesa en el instante en que no es reciproca; este obsequio que en caso de necesidad sabe ser orgulloso; esta libertad que se presta á mil cosas sin comprometerse nunca, no era comprendida por la antigüedad. Todo esto es de origen feudal; es la independencia noble y cortés del *baron*, del hombre libre, desconocida por los antiguos que no pudieron comprender nunca mas que la independencia de la ciudad; es su orgullo en el servicio que le realiza con el honor; en fin, es aquel valor que la edad média supo dar al hombre. Entre una y otra hay la misma diferencia que entre la esclavitud y el vasallaje. En los tiempos modernos no han roto esta tradicion feudal ni la aristocracia de la corte, ni la aristocracia del dinero; los Palantís y los Mamurras de hoy al penetrar en el triclinio ceden el paso á su cliente; y si le llevan consigo en el *essedum* le hacen bajar primero. Pero el asentista y el cortesano de entónces, que quizá poco ántes eran unos esclavos, hacían ir á pié á sus amigos al lado de su litera; les tenían esperando en la puerta, en el umbral; y en la mesa, siguiendo la injuriosa costumbre de clasificarlo todo, se tenían amigos inferiores, que se creían demasiado afortunados por comer sentados en banquetas mientras otros se tendían en cojines de púrpura; los convidados eran vigilados por un esclavo, que decia á su señor quién había aplaudido bien, quién había reído, quién había comido bien, quién había elogiado al anfitrión, y merecido por lo tanto ser convidado de nuevo (1).

Pero no siempre era así; y la esclavitud

(1) SENECA, Ep. 47.

misma, siempre inhumana por principios, estaba ménos degradada de hecho. Cuando no se tenía mas que uno ó dos esclavos, con los cuales se labraba poco á poco la tierra, y se los hacía sentar á la mesa, el nombre de *fámulo* dado al esclavo y de *padre de familia* al señor, no eran como despues una irrisoria trivialidad. La clientela en algun tiempo se asemejaba algo al vasallaje feudal; noble proteccion que dispensaba el rico al pobre, recompensada con los servicios que los muchos pueden hacer al hombre aislado; institucion política, indispensable instrumento de todo triunfo en el foro; vínculo sagrado, asociacion de todos los intereses, parentesco legal, tan santo como el de la sangre; tanto que Virgilio pone en el mismo sitio en el infierno al que ultrajó á su padre y al que hizo traicion á los intereses de su cliente. Pero la continua degradacion de la antigüedad, mas sensible en los grandes imperios y á medida que se formaba la unidad política del mundo, y la sustitucion del patriotismo cosmopolítico al patriotismo local, llevaron las cosas á este punto. Llegaron, pues, á toda su crueldad las relaciones del rico que da de comer con el parásito que come, de la superioridad insolente con el servilismo ocioso y famélico; el pueblo romano, incansable y perpétuo mendigo, cliente universal, vivía humillado á los piés de tres ó cuatro mil *dichosos*, adorando las limosnas de una aristocracia rentística, que había tolerado el poder de una aristocracia política; mendigando, solicitando, sufriendolo todo con baja, con valor, con paciencia á costa de no trabajar. Tiene sus días buenos y sus días malos. Hoy casa un patricio á una hija; el hijo de un liberto de César recibe la toga viril, gran fiesta. Había un millar de convidados y cada uno recibía una propina extraordinaria de catorce ó diez y seis sueldos. Mañana no hay fiestas ni esponsales; el pobre parásito irá al baño á buscar entre los ricos que allí se reúnen, á fuerza de humildes servicios, una invitacion para la cena. Otro día Agrippa abre ciento setenta baños gratuitos en Roma; en las barberías de Agrippa se cortará gratis el cabello y la barba al buen pueblo por espacio de un año; Agrippa es hijo de los dioses. Si los ricos se cansan de dar, vamos á implorar á César; es preciso que de tiempo en tiempo vuelvan al pueblo algunos millones de César. Augusto en su XII consulado distribuyó entre trescientos veinte mil ciudadanos un *congiario* de mas de diez y seis millones de francos. Hoy César no es ya rico; pero si no da dinero, dará á lo ménos grano; segun la ley Sempronia, todo el que está ocioso y es pobre tiene derecho á cinco medidas de grano al mes, ley suprema de la constitucion imperial, única que puede ser peligroso violar. Augusto alimentaba doscientas mil personas, poblacion moribunda y amenazada, cuyo número había disminuido, pero que tendía á aumentarse con todos los mendigos de Italia. Sin embargo, a Mediterráneo es un mar tempestuososella flot;

anual del grano no llega una vez á Egipto, el pueblo teme el hambre; César teme al pueblo (momento de tal angustia que una borrasca puso á Augusto muy cerca del suicidio); y en la punta de Caprea una multitud ansiosa espera de pié y con impaciencia que la bandera anuncie la flota de Alejandría.

El servilismo romano tuvo sus tipos propios, desconocidos hoy ó que solo existen muy ocultos. Tal es el parásito, relegado en el extremo de la mesa, burlado, injuriado, maltratado, que busca un convite á costa de afrentas; tal es el que trataba de adquirirse una herencia, que á los piés de un viejo sucio y caprichoso elogia hasta su belleza, aplaude hasta sus chochees, calumnia á sus enemigos, le sacrifica á su libertad y hasta le prostituye su mujer. Esta corrupcion es proverbial en las costumbres romanas, y no solo la comedia y la sátira sino la historia, la filosofía, la jurisprudencia, atestiguan este apetito universal por los testamentos y los legados. Todas las leyes de Augusto contra el celibato no consiguieron hacer descender al rico sin sucesion del trono á que le elevaba la captacion: « Reinado de la vejez sin hijos, » como le llama Séneca (1). Á pesar de las precauciones de Augusto, eran tantas las ventajas de no ser padre que algunos, desesperados por la fecundidad de sus mujeres, abandonaban á los recién nacidos ó los desconocían cuando eran ya mayores, solo con el objeto de tener aduladores y cortesanos, como aquel cuyo lecho había sido bendecido por la esterilidad. Este servilismo universal le hacía aun mas degradante la naturaleza humana, convirtiéndose en instrumentos y estímulo de la disolucion. « Execrables torpezas que yo no puedo comprender, » exclama Justo Lipsio al comentar un pasaje intraducible de Séneca, « ¡Dios nos libre de iluminar estas tinieblas dignas del infierno! » Pero es muy fácil concebir hasta dónde debieron llegar con un poder tan absoluto y tan general sobre la criatura, con una libertad tan completa para satisfacer los caprichos del poderoso, la monstruosa aberracion de los sentidos, y el profundo envilecimiento de nuestra naturaleza. La prostitucion, consecuencia entre nosotros de la depravacion y de la miseria, era entre los Romanos una cosa de buen orden interior y de arreglo doméstico, nacida en casa ó comprada en el foro, alimentada, instruida, formada desde la infancia, mandada por el temor del suplicio, estimulada por la esperanza de libertad. De aquí nacia una doble y espantosa degradacion de las desgraciadas á quienes se hacía pasar por toda clase de ignominia, y del poderoso que tenía derecho á hacerles pasar por ella.

Séneca condena estos desórdenes porque es puritano; pero aun los coloca solo en la misma línea que los excesos del lujo, los pájaros del Fasi, y que los jarrones de aroma. Y en el

(1) *Dives regnum orbis senectutis*. SENECA, ad Marciam, 49.

fondo, aunque esta censura sea muy imperfecta, había una relacion mas grande de lo que puede creerse entre los excesos del lujo y la corrupcion de las costumbres, siendo el principio comun de uno y de otra la saciedad de las cosas ordinarias, una imaginacion llena de tedio y corrompida, un alma seca y degradada que sin pasion lo mismo que sin virtud, sin instinto verdadero, deseaba ardientemente inventar y desesperaba de gozar porque todo era vulgar; todo era vulgar en lo que los hombres aman y admiran, y á falta del sentimiento de lo bueno, de lo bello, de lo verdadero y de lo grande, se lanzaba hácia lo imposible, hácia lo desconocido, hácia lo monstruoso; carácter dominante del siglo, explicacion obligada de toda su historia.

Y ¿serán libres á lo ménos aquellos á quienes precipitan en estas extravagantes depravaciones tantos serviles homenajes, y tal licencia para satisfacer sus caprichos? ¿Á lo ménos será libre el corto número de afortunados á cuyo alrededor gravita esta multitud de esclavos y de clientes; el rico, el elegante, el delicado que se duerme al son de una dulce y lejana sinfonia, que se despierta con el fresco murmullo de una ficticia cascada; que despues de haber alargado desdeñosamente la mano para darla á besar á la multitud de sus clientes, por la mañana sale á la calle en litera y desde allí como desde un trono domina las serviles cabezas de los clientes que le siguen y de la plebe que pasa á sus piés? Si Roma le cansa, sin salir de su inmensa casa, encuentra todos los placeres de Roma; el baño con sus innumerables accesorios, la multitud de siervos, gimnasio, los triclinios, la piscina, el estanque, el jardin. Si quiere respirar el aire con mas desahogo, tiene su quinta cerca del mar de Nápoles, la quinta en la cumbre de una montaña, la quinta en el mismo mar. No hay costa de Italia donde no pueda satisfacer en sus propiedades estas primeras necesidades de la vida romana; baños, sala de banquetes, una colonia de esclavos. Por lo tanto estas satisfacciones demasiado fáciles llegaron á ser una cosa insuficiente y vulgar; el pueblo romano agotó el bienestar; necesitaba la gloria. El lujo no era ya un goce, sino un conflicto. Una casa en regla (*domus recta*) no bastaba ya, era preciso una casa inmensa. Bronces cincelados, jarrones aromáticos eran ya un lujo vulgar. La taza para beber debe ser de piedra fina y de sola una pieza; el peligro de romperla es un placer mas (1). El pavimento de las salas debe estar cubierto de piedras de gran valor. Debe irse á las subastas á comprar á inmenso precio metales de Corinto; no se busca ya la perfeccion del metal, ni se paga caro la elegancia del trabajo, ni el nombre del artista, sino que se paga y valúa el nombre de los elegantes poseedores precedentes. El tener delicados

(1) *Omnis rerum voluptas periculo crescit*. SENECA, De bes nef., VII, 9.

y magníficos peces no es mas que una avaricia; pero hacer coletear en una pila de mármol peces que pesquen los convidados, y hacerlos morir en vasos de cristal para gozar de las mil gradaciones diáfanas con que concluyen su agonía, ¡esto es una gloria! Termas, piscinas, jardines plantados en el techo de la casa, y que la coronan con sus árboles agitados por el viento; termas construidas en alta mar desafiando las tormentas; una piscina inmensa, océano de agua caliente, cuyas ondas son elevadas por el viento, es un triunfo mayor, pero apenas es un goce mas (1). De aquí provienen todos los caprichos del rico fastidiado: hacer del día noche, no dando estimación a la luz del día porque no se paga; alguna vez, saciado ya de las riquezas, ensayar la vida indigente, tener en casa la miserable celda del pobre (2) para vivir en ella un día ó dos, y comer en el suelo, en platos de barro, una miserable ración para hallar mas placer al volver a la vida del lujo y de los goces; tener en invierno rosas y en el verano nieve; en el foro la túnica del banquete, y si no basta la de la matrona; en conclusion, hacerse un nombre. Roma está tan ocupada que una locura ordinaria no da que hablar, como tampoco los desórdenes que se pierden en la multitud; el mérito del vicio es el escándalo que produce (3).

¡Dichoso siglo de Neron, siglo de progreso y de genio! ¡dichoso siglo que espere en las salas del banquete una atmósfera templada por medio de tubos calientes, que cubre las ventanas de piedras transparentes, que en el anfiteatro sabe por ocultos medios derramar sobre el pueblo una lluvia refrescante, perfumada de azafran y de nardo; que espolvorea la arena del circo con ámbar y polvos de oro. En casa de Neron hay tapices de Babilonia que valen 4.000.000 de sextercios (800.000 francos); un jarrón de aromas de 300 talentos; el afortunado César, para descansar la vista, observa los combates del circo en un espejo de esmeraldas (4); un consular compró por 6.000 sextercios (1.200 francos) dos boquillas de un vidrio nuevo. La misma naturaleza se hace mas fecunda y magnífica, y envía a Neron por medio del procurador de Africa una espiga que tiene trescientos sesenta granos; abre para él a flor de tierra las minas de Dalmacia, donde se recogen cincuenta libras de oro al día; envía de Panonia a los intendentes de sus juegos, cargados con enormes trozos de ámbar. Verdad es que se pierden las artes que en otro tiempo fueron muy estimadas; que cuando Senodoro hizo el coloso de Nera no se halló un fundidor que supiera fundirla: verdad es que César y sus artistas echaron a perder el Alejandro, obra

(1) Ep. 422, 90; *Controv.* V, 5.

(2) Ep. 48, 100.

(3) Ep. 122.

(4) A lo ménos así debe entenderse en Plinio, *Historia natural*, XXXVII, 8, de donde tomamos también los demás hechos.

maestra de Lísipo, por dorarle y hacerle digno de ricos improvisados, para los cuales nada es bello si no está cubierto de oro. Pero en compensación la pintura sobre tela hizo magníficos progresos, y Neron, además de su coloso de bronce, tuvo un coloso de ciento veinte pies pintado sobre lino, y como en compensación se sabía, con maravillosa perfección, dar a un mármol los colores y las vetas de otro. ¿Qué importaban las artes frívolas que Grecia llamaba bellas? El siglo es grande, el género humano marcha; la humanidad está en progreso. ¿No se había inventado también el modo de teñir la concha de tal modo que pareciese madera? Pues así se tendrán muebles comunes en la apariencia y que costarán mil veces mas.

¡Goza, pues, patrono, por haber nacido en el reinado de Neron, favorecido de los dioses! alégrate; nosotros te aplaudimos, nosotros, parásitos tuyos, compañeros asiduos (como dice un filósofo despreciable) de toda fortuna que camina hacia su ruina (1). Hé aquí el mas bello triunfo de tu lujo y de tu gloria; hé aquí el *mazonomum*, plato inmenso; coronado de flores, llevado al son de los instrumentos en los hombros de tus esclavos, compendio del mundo culinario; el plato de Esopo donde se acumulan conchas, peces, pájaros preciosos, ostras sin concha, salmonetes sin espinas; todas las riquezas de todas las mesas del imperio. Pero ya es bastante: caes inanimado; tus siervos te levantan y conducen como a un héroe muerto en el campo de la gloria, nos sepultas en tu triunfo, al son de músicas acompañadas del canto de los esclavos que repiten: *Fuér* (2).

Y en verdad que tiene algo de grave esta fúnebre despedida en que concluye la orgía. Tú vives en la época de un gran príncipe, patrono mio: ¿pusiste la atención en ese espía a quien temes demasiado para no convidarle a comer, y que fijó sobre ti su mirada investigadora en el momento en que tú, embriagado, acercaste la efígie de César que llevas en un anillo a un objeto inmundo y profano? Esta mañana, cuando saliste de casa para aumentar la multitud, distraído, negligente, desocupado, y caminaste, oíste, hablaste y respondiste a la ventura, ¿sabes tú bien lo que has podido decir ó escuchar? ¿has reflexionado bien que en este siglo la mayor locura es la extravagancia de escuchar, que es muy peligroso el saber los secretos, y que hay mil cosas en el mundo que no es conveniente decir ni saber? (3)

Ahora bien: escoge entre la angustia del suplicio y las humillaciones de la adulación. Salva tu vida; besa la mano y el pecho de César como tus libertos besan la tuya; llámale como te llaman a ti tus libertos patrono, rey, dios (también a ti te llaman dios); corre ansioso a

(1) *Assectatur comes pereuntium patrimoniorum populus.* SENECA, *De tranq. animi*, 1.

(2) Βεβλωξε. *Id.* Ep. 12.

(3) *De tranq. animi*, 12.

saludarle por la mañana; sigue a pié su litera; haz votos por su celeste voz y por esa diosa nacida ayer de Póppea; tú, pobre esclavo de Neron, así como nosotros lo somos tuyos. Déjate maltratar por ir a oír a Neron al teatro, y muere de hambre antes que salir de allí. Tus riquezas, tus villas, tus esclavos, toda tu gloria y tu magnificencia te será arrebatada con la vida por el descontento de Neron, si no tienes cuidado de dejar en un testamento público una gran parte al César, y otra buena parte también a Tigelino. Bebe tu vino de Chio, rie con tus amigos, oye tus conciertos, corónate de flores, sé feliz, rebosa de alegría; pero tiembla por tu vida, y ten cuidado de no perseguir al liberto de cualquier delator.

Ahora bien: si echamos una mirada general a este orden social preparado por la lucha de toda la antigüedad, cuyo camino habia abierto Julio César, cuyos cimientos habia puesto Augusto, cuyo edificio habia concluido Tiberio, hallaremos como base esencial y primitiva el esclavo obediente al señor; un grado mas arriba, el cliente a los pies del patrono, y por último, el súbdito postrado delante de César: y por una fatal reciprocidad, el señor tiembla en medio de sus esclavos; el rico no se adquiere clientela en el pueblo, sino para tener una defensa contra el pueblo; y César que oprime a Roma y al mundo tiembla ante la plebe de Roma. Así cada uno inspira y experimenta el terror, cada uno tiene un esclavo a quien teme y un tirano de quien se hace temer: doble sistema de tiranía y de amenaza, de opresión y de terror.

Ahora nos falta describir al señor de todos. El hijo del brutal Domicio y de la infame Agripina, confiado primero a un bailarín y a un barbero, creció en medio de la corrupción materna y de la corrupción imperial; entre aquella multitud de viles cortesanos que gozan de la vida y vilipendian a Claudio es aclamado emperador, es decir, es aclamado el hombre mas poderoso del mundo y el mas obligado a la corrupción. En una edad que no puede llamarse aun juventud, no promete nada bueno: sin embargo, es el encanto del género humano, el ídolo del pueblo; cuando tiene que firmar la sentencia de muerte de un ladrón quisiera no saber escribir. Y lo que es mas admirable, celebra juegos sin que parezca ninguno; no se derrama ni una gota de sangre de un proscrito por orden suya; el verdugo está mano sobre mano, y el delator mendiga en el destierro; de modo que Trajano deseaba que los mejores años de su reinado fuesen semejantes a los primeros de Neron. Verdad es que bien pronto matará a su hermano, a su madre, a su tía; pero estos no son proscritos. La familia de los Césares está sobre las leyes para dar y recibir la muerte; un emperador que no hace morir a los suyos es un soberano clemente, dulce, popular; y el mundo recibe de un príncipe parricida una tranquilidad que no habia vuelto a experimen-

tar desde los tiempos de Augusto. Sin embargo, al cabo de siete u ocho años principia a obrar el veneno imperial; resucita el viejo demonio de Calígula y de Tiberio; este tigre domesticado aspira un poco la sangre y conoce cuál es su raza. Los delatores vuelven a presentarse, los suicidios ordenados se renuevan, la lanceta del cirujano sucede a la cuerda del verdugo y a la daga del soldado; es un Tiberio joven, un Tiberio pródigo, voluptuoso, artista, músico, pantomímico, estúpido y por lo tanto mas cruel. Es ya muy poderoso y está bastante seguro de su poder para abandonar en un día tan largo disimulo. ¿Pero ha prodigado el dinero a sus pretorianos? ¿Ha hecho nacer en ellos el deseo de proscripciones? ¿Es bastante numerosa y valiente su guardia germánica? No: un día, despues que el hombre le haya soportado por mucho tiempo sin hacer un poderoso esfuerzo para rechazarle, despues de muchas tentativas vanas, de conspiraciones de filósofos, de libertinos, de mujeres, despues de una última y amenazadora conjuración, y en el momento en que va a sucumbir, un hombre se presenta a los pretorianos, y mandatario improvisado que no recibió comisión alguna, promete en nombre de un general a quien no conoce sumas enormes, que nunca podrá pagar; y concluye una venta en virtud de la cual los soldados no deben matar, ni rebelarse, sino solo abandonar antes de tiempo su cuerpo de guardia del Monte Palatino para ir a pasearse por los arrabales; y el emperador perdido, porque estaba solo, va a darse una puñalada en un subterráneo que le presta un liberto suyo para morir.

¿Podremos a lo ménos recurrir a las paradojas contra tan poco creíble historia? ¿Podremos hacer como se acostumbra hoy una contra-historia? No estamos ahora en la oscuridad de los siglos primitivos, porque esta es la verdadera y positiva historia. Tácito, aunque pueda ser tachado de muy crédulo, es un analizador exacto, un cronologista escrupuloso, que como Muratori revuelve los archivos del Senado, el *Acta diurna*, que era el boletín de aquel tiempo. Suetonio tiene la frialdad de un protocolista y de un erudito, que por todos los respetos y las parcialidades del mundo no dejaría de publicar ni la mas pequeña nota en su obra. Estos dos historiadores bastante próximos a aquel tiempo para conocerle, bastante lejanos de él para no sentir demasiado sus pasiones, no son desmentidos en los hechos que refieren acordes, ni por Dionisio, ni por Plutarco, Griegos a quienes importaban muy poco los resentimientos de la vieja Roma contra Neron.

Al referir esta historia trataré de explicarla. El poder imperial era un poder de acción y de terror, fundado en el aislamiento, en la debilidad, en el temor de cada uno; y que cesa desde el instante mismo en que el licitor no previene con celeridad al asesino (1). Calígula

(1) Véase la anterior biografía de Tiberio.

nos hace ver el efecto de tanto poder en un alma débil y mal educada, y aquella enfermedad particular del espíritu que podría llamarse locura imperial; doble exaltación producida por el peligro y por el poder, deseo inconmensurable é infinito, furor del placer y temor de la muerte.

Neron no tenía la fuerza suficiente para resistir al vértigo de tal poderío; y ¿quién la hubiera tenido á los diez y siete años? Débil de corazón como Calígula de espíritu, muelle y tímido, artista que se inclinaba ante sus jueces, emperador que temblaba ante el pueblo, y se ruborizaba con facilidad, y que por falta de espíritu ó sobra de conciencia se dejaba decir amargas verdades, escuchaba las reconvenciones con una especie de pudor y algunas veces sin castigarlas, supersticioso en los sueños, temeroso de los fantasmas, no era atrevido ni grande ni aun en sus vicios. Él y su amigo Oton (dos perezosos que uno despues de otro fueron señores del mundo) salían de aventuras por las noches, con peluca y vestidos de esclavos, arrojaban á las personas en las cloacas, á otras hacían saltar sobre las que estaban cubiertas, daban y recibían golpes, y algunas veces volvían á sus casas bastante maltratados. Neron se conservó siempre el mismo, siendo su suprema diversion el excitar tumultos en los espectáculos, y aunque tirano y parricida, siempre fué un bribonzuelo coronado.

Y como este miserable era una cosa espantosa; como, segun dice San Agustin, «este voluptuoso histrion de quien no podia temerse nada varonil, era el modelo supremo de los malos príncipes,» necesitaba su siglo y su corte, y su increíble ambicion de servilismo, necesitaba á Narciso y á Tigelino, personas que aun en un alma pura hubieran sabido despertar, aumentar y desarrollar el vicio. Desde el principio, pues, cuando Neron era aun de suave genio, ya se disputaba cuál de los varios sistemas de corrupcion de la corte le habia de dominar. Por un lado Agripina, que asistía al Senado detras de una cortina, no queria autoridad para amansar su genio, sino para ejercer el poder largo tiempo, con la salvaje legitimidad del delito, como habia hecho Calígula; y como Agripina pensaban todos los que estaban unidos á la antigua popularidad del nombre de su padre, nobles cortesanos, amigos de casa, fieles libertos de Claudio, que se habian unido á esta despues que le habian envenenado. Por otro lado despertó el estoicismo en el campo de Filipo, ostentábase por las calles de Roma la sucia barba que le distinguía, la cara arrugada, y algunos de sus discípulos se complacían en ir á las cenas de Neron á enseñar sus rostros mal encarados. Sus representantes cerca de César eran Séneca y Burro, virtudes relativas, honrados para lo que era su tiempo; pero que Burro, que á la muerte de Claudio habia ayudado á usurpar los derechos á Británico y Séneca apologista, si no consejero, de la muerte

de Agripina, tuvieron gran reputacion entre los hombres honrados. Así una vez se pensó en hacer emperador á Séneca «por el esplendor de su virtud, y porque era inocente (*quasi insonti*)» dice Tácito; fijad vuestra atencion en esta palabra.

Agitábase, pues, la lucha. *La filosofía*, decia Agripina á Neron, *no sirve de nada á un emperador*. El antiguo instinto de los Césares olfateaba á su enemigo. *Respetá á tu madre, pero sé emperador*, le decia Séneca. La victoria debia ser del que mas le adulase. Los amores de Neron eran aun tímidos: Séneca le prestaba el nombre de uno de sus amigos para ocultarlos á Agripina; y Agripina sus habitaciones para ocultarlos á Séneca. Los filósofos permitieron que saliera su alumno en el teatro, con inquietud sí, pero sin hacer movimiento alguno por temor de que no fuesen las cosas muy allá; y Séneca que habia adivinado su fiereza, le dirigía el tratado *De la clemencia*, elogiándole por la sangre que aun no habia derramado, por temor de que la derramase al dia siguiente. Sin embargo, en realidad Agripina era novicia en la adulacion, los filósofos demasiado reservados, y Neron tenia otros amigos mas inferiores y por lo mismo mas íntimos; libertos de tanta vileza de alma como elevacion de imaginacion. Neron con sus placeres de voluptuosidad pueril y vulgar estaba en sus glorias entre sus criados; una madre ansiosa de dominio, pedagogos que la disputaban su educando, siervos libertinos que lo corrompen; historia de colegial! Pero este colegial de diez y siete años tenia en sus manos el cetro del mundo, podia en caso necesario jugar con el veneno y con la espada, con las cabezas de los senadores, y con el honor de las damas romanas. Así, pues, en un momento se libra de su madre y de sus maestros; hace consultar al centurion que custodia á la vieja envenenadora Locusta, á quien Burro queria hacer estrangular y que salvada á tiempo, consigue la impunidad, dinero y discípulos (1): escuela de envenenamiento fundada por el emperador.

Agripina, rodeada de iras, y de iras femeniles, provocadas por el orgullo que la infundía su belleza y su corona, despues de haber agotado el último refugio del incesto, convertía en un arma y en una defensa los delitos cometidos por Neron; el hijo la temía porque la habia obedecido, y la mató porque la temía. La causa principal de su delito fué una mujer.

La vida de Póppea es una continua intriga. Casada con un caballero romano, Oton hizo que se divorciara y se casó con ella: Neron se enamoró; Oton fué enviado de gobernador á Lusitania, y el emperador quiso que se divorciara de nuevo. Pero Póppea ¿consentirá en ello para ser solo la querida de César? ¿Dejará su puesto á la hija de Claudio? Esto pudo hacerlo la liberta Ate; pero ella, patricia, vale tanto

(1) SUTONIO, en *Neron*, 33.

como Octavia, hija de Mesalina; por medio del desprecio llega á dominar á Neron, y sabe dirigir su alma pequeña y miserable. «Ella era casada, decia, y el matrimonio de Oton era legítimo y no debia romperse (1); la agradaba esta vida de lujo sin igual que gozaba al lado de su esposo, donde todo era grande, magnífico, honroso, digno de la persona mas elevada. Neron, por el contrario, amante de Ate, unido á una esclava, no habia adquirido en esta union mas que abyección y mezquinas costumbres. Neron tenido en rígida tutela por su madre antes de pretender el imperio, ¿cómo habia de pensar en la libertad? ¿Temía casarse con ella? En este caso debia volver á Oton su esposa, que aun colocada á la cabeza del mundo queria mas bien oír el oprobio de su emperador que ser testigo de él.» Así se hablaba á Neron César. El parricidio se llevó, pues, á cabo, y para saber las particularidades de aquella tragedia, remitimos al lector á Tácito. Pero una sola escena basta para dar á conocer la virtud de aquel tiempo. La primera tentativa de asesinato contra Agripina tuvo mal éxito, porque esta se salvó á nado; y el pueblo se conmovió á su favor. Pero Agripina puede armar á sus esclavos, sublevar el ejército, implorar al Senado y al pueblo. Neron llama á su consejo á Séneca y á Burro, ambos están callados algun rato, y despues á una mirada interrogativa de Séneca, Burro dice: «Los pretorianos son fieles á la casa de su príncipe, se acuerdan de Germánico y no se atreverán á hacer nada contra su hija. Cumpla Aniceto su promesa.» Aniceto, comandante de la escuadra de Miseno, era el consejero de aquel asesinato frustrado; hé aquí á lo que se limita el filósofo para evitar el delito.

Sin embargo, Neron «cometido el delito comprendió su horror.» Pero no sintió los remordimientos profundos y disimulados de Tiberio: el alma de Neron no tiene una fuerza tan grande como su delito; pasó toda la noche en un delirio continuo, acometido de súbitos temores. Pero (traduzco á Tácito, admirable en este pasaje) «la faz de los lugares no cambia como la de los hombres; siempre tenia ante sus ojos aquellas riberas, donde ya se decia que se oían gemidos y flautas funerarias cerca del sepulcro de Agripina.» Hasta en Roma penetró la indignacion, y se encontró un niño expósito con este cartel: *Niño arrojado de su casa por temor de que mate á su madre*. Neron entonces soñó por primera vez en su vida; y debe ser una cosa terrible el primer sueño, y un sueño semejante (2). Sin seguir el órden de los tiempos, contemplad ahora el fin de la familia imperial; leed aun en Tácito la terrible relacion de las desventuras de Octavia. Su destierro de órden de Póppea, la espantosa piedad del pueblo que hablaba libremente á Neron, y exigió que la

(1) TÁCITO, *Ann.* XIII, 46.

(2) SUTONIO, 46; TERTULIANO, *De anima*, 44, 49.

desterrada volviese á su patria; su tumultuoso agradecimiento, que atemorizó á Neron y aprovechó á Póppea, y que el emperador hizo reprimir á sablazos, asustado de haber sido clemente: al ver esta simpatía popular, una de las mas enérgicas que tuvieron lugar en el imperio, se comprendió que la hija de Claudio merecia encontrar un delator; y como sus esclavos en el tormento no pronunciaban mas que protestas de su inocencia, como era acusada de adulterio y habia que buscar un cómplice, y el antiguo sistema de Tiberio consistía en mezclar en todo la acusacion de lesa majestad, Neron encontró á Aniceto, instrumento del asesinato de Agripina, que á fuerza de promesas y de amenazas confesó que era amante de Octavia y su cómplice de conspiracion; Neron le hizo condenar por un «consejo de amigos,» y fué desterrado á Cerdeña, donde vivió rico y murió en su lecho. Ha habido siglos bárbaros; pero no ha habido ninguno en que haya sido tan docta la teoría del delito, ni tan razonada la práctica. Octavia y Agripina son un triste ejemplo de la suerte que esperaba á las mujeres colocadas cerca del trono de César; ya permaneciesen en los límites del deber, ó ya se propasasen como la madre de Neron á todas las ambiciones y á todos los crímenes. La familia imperial habia quedado compuesta solo de mujeres, y cuando Neron dió muerte á su tia Domicia (1) y á Antonia, hija de Claudio, pudo gloriarse de ser el único vástago que podia tomar con derecho el título de César. Antonia murió por no haberse querido casar con él; habiendo sido perseguida largamente por Agripina, la justicia imperial la dejó viuda dos veces. Tal era la suerte de las princesas de sangre real: demasiado honradas para que dejarán de casarse con hombres ilustres; y estos nombres ilustres eran demasiado temidos para que dejasen de ser viudas muy pronto.

Entre la antigüedad y la historia moderna hay una diferencia que proviene de causas muy elevadas. La parte que toman las mujeres en la historia cristiana es en lo general noble y saludable. En la antigüedad, cuando tienen alguna parte es cruel y funesta, especialmente en tiempo de los Césares, cuando la mujer no era ya aquella mujer griega severamente encerrada en el gineceo, ni la matrona romana mas honrada, pero sometida á una tutela que dura toda la vida, hija de su marido como dicen los jurisconsultos; la mujer, cuando no es esclava ó prostituta es atrevida, impudente; tiene las pasiones crueles, la actividad y la ambicion del hombre. Tales son Cesonia en tiempo de Calígula, Agripina y Mesalina en tiempo de

(1) Visitando Neron á su tia Domicia cuando estaba mala, esta acariciándole la barba imberbe aun, como suelen haer los viejos, le dijo: *Solo quiero morir despues de haberla visto afeitarse*. Neron, volviéndose á sus amigos, les dijo burlándose, *me voy á afeitar inmediatamente, y mandó dar el veneno á Domicia*. No estaba aun frio su cuerpo, cuando Neron se apoderó de sus bienes y anuló su testamento. SUTONIO, 34; SIFILINO, 64.